

el cadáver que iba en el furgón. Había gran cantidad de soldados y de carabineros, como si se esperase una multitud. Las cinco personas que acompañábamos a Salvador caminamos en silencio hasta la cripta familiar, donde enterramos hace un mes a Inés Allende, la hermana de Salvador, que había muerto de cáncer.

»Volví a insistir en ver a mi marido. No me lo permitieron, pero levantaron la tapa y sólo descubrí una sábana que lo cubría. No supe si eran los pies o la cabeza. Me dieron ganas de llorar. Los oficiales me impidieron que lo viera. Volvieron a repetirme que el ataúd se encontraba soldado. Entonces dije al oficial que me acompañaba, en voz alta: "Salvador Allende no puede ser enterrado en forma tan anónima. Quiero que ustedes sepan por lo menos el nombre de la persona que están enterrando." Tomé unas flores cercanas y las arrojé a la fosa y dije: "Aquí descansa Salvador Allende, que es el Presidente de la República y a quien no han permitido que ni su familia lo acompañe".»

### *Las contradicciones*

La preparación del escenario en el Salón Independencia del Palacio de Gobierno de Chile fue tan precipitada, debido a que no se pudo poner en práctica la operación final de «alfa uno» para suicidar a Allende en el interior del Regimiento Blindados Número 2 que los diferentes personajes que intervinieron en la trama cometieron errores burdos. Errores que podrían servir para que cualquier detective de tercera categoría de la policía civil de Santiago investigara y desentrañara el crimen. Pero, la policía civil de Santiago no está interesada en descubrir a los homicidas del presidente Allende. El actual Director de Investigaciones es el mismo general que dio las órdenes de «no investigar» a los técnicos de la Brigada de Homicidios que concurrieron a La Moneda a examinar SOLAMENTE la herida de tipo suicida que Allende tenía en la cabeza, después que le fue destruida con su propia metralleta por agentes del Servicio de Inteligencia del Ejército. El mismo día 11 de septiembre, en la tarde, el general Ernesto Baeza Michelsen fue nombrado Director de Investigaciones, es decir, jefe máximo del inspector Pedro Espinoza y el resto de policías civiles que concurrieron a La Moneda. Por eso, ningún detective chileno se dedicaría a

investigar y resolver el fácil caso del homicidio del Presidente de Chile.

Pero, la presión psíquica de los momentos que se vivían el 11 de septiembre, al parecer, influyó demasiado en el inspector Pedro Espinoza y sus subordinados no razonaron con claridad. Por ello no repararon en un error cometido por los agentes del SIM que prepararon el escenario del «suicidio». Y a tal punto no repararon, que el error quedó por escrito, para la Historia, en «el parte policial» levantado en La Moneda, según se conoció oficialmente el día 20 de septiembre en Santiago, por lectura del propio general Baeza Michelsen, en conferencia de prensa a los periodistas sobrevivientes de la invasión militar contra Santiago iniciada el día 11 de ese mismo mes.

Dice el parte de la Brigada de Homicidios:

«El cadáver yacía sentado sobre un diván de terciopelo rojo granate adosado al muro oriental, entre dos ventanas que miran a la calle Morandé, con la cabeza y el tronco LEVEMENTE INCLINADOS HACIA EL LADO DERECHO, MIEMBROS SUPERIORES LIGERAMENTE EXTENDIDOS, EXTREMIDADES INFERIORES EXTENDIDAS Y UN TANTO SEPARADAS.»

Y agrega algo determinante para cualquier investigación:

«LOS PROYECTILES SUICIDAS FUERON DISPARADOS CON EL ARMA PUESTA ENTRE LAS RODILLAS Y EL CAÑÓN PEGADO A LA BARBILLA.»

¿Qué clase de arma fue la utilizada por Salvador Allende, según este parte policial?

«Fusil ametrallador núm. 1.651, de fabricación soviética, en cuya culata se leía la inscripción: "A Salvador de su compañero de armas. Fidel."»

Es decir, se trataba de un fusil de grueso calibre, cuyo efecto de retroceso es muy poderoso.

Cualquier reportero policial, y el autor de este reportaje lo fue durante largo tiempo en el periódico «La Tercera», de Santiago, tiene una experiencia práctica en muertes de tipo suicida, con arma de fuego, y el suicida no queda sentado en una silla o mueble sin brazos laterales estrechos. Esto permite que hagamos una reconstrucción de los sucesos a partir de la afirmación de la Brigada de Homicidios, según la cual Salvador Allende se habría suicidado apoyando un fusil ametrallador tipo AK en sus rodillas, tras sentarse en un sofá bastante ancho; es decir, sin apoyo lateral.

En el momento de sentarse, debido a la altura del asiento del sofá (los reporteros conocíamos ese sofá bastante bien) y para sujetar la culata del fusil ametrallador con las rodillas, Salvador Allende tendría que haberse apoyado en la punta de los pies, con las piernas muy tensas, el tronco inclinado, los brazos muy flectados y la cabeza descansando sobre la punta del cañón del fusil ametrallador. Habría sido lo que se podría llamar una posición «incómoda», en «equilibrio inestable» hacia adelante.

Pues bien, al apretar el gatillo en esa posición y volarse media cabeza, el cuerpo del «suicida» tendría que haber sufrido un sacudón primero, separándose sus rodillas, y el fusil ametrallador habría caído con fuerza al suelo, mientras que el tronco se inclinaría hacia adelante y a la derecha, cayendo al suelo junto al sofá.

Sin embargo, nada de eso ocurrió. Al revés, como si el caso de Allende hubiera sido muy especial, en el cual no se cumplen las leyes del modo de morir de todo ser humano, su cadáver RÍGIDO DE INMEDIATO DESPUÉS DE LOS BALAZOS, abrió las piernas, ya rígidas, para no caer del sofá, y, lo mejor de todo, para que no hubiera duda: el fusil ametrallador quedó sobre la falda del «suicida».

(Este detalle está contenido en la propia acta legal levantada por la Brigada de Homicidios, y en las declaraciones del general Javier Palacios Ruhman, el 21 de septiembre, en Bogotá, a la agencia española EFE: «Me acerqué al cadáver. El Presidente estaba sentado en la mitad del sofá tapizado de rojo CON LA METRALLETA EN LAS MANOS. El casco y la máscara de gases a un lado, los anteojos en el suelo. La cara estaba hinchada y la cabeza partida en dos, como una sandía.» Fíjense ustedes como el propio general Palacios se desenmascara. Al querer dar mayores detalles pone al descubierto las incongruencias: el cadáver estaba «sentado»... «en el medio» del sofá... se destrozó «como una sandía» la cabeza con un fusil ametrallador... ¡y sin embargo la muerte y el *rigor mortis* le vinieron de manera instantánea... dejándolo sentado... y con el fusil en la mano, después del tremendo impacto de dos balas del calibre del AK soviético!)

Así, la propia versión de la Brigada de Homicidios de la policía civil chilena, que el general Ernesto Baeza esperaba les sirviera de escudo de protección a los altos mandos que planearon el asesinato del presidente Allende, los desenmascaró totalmente. Dejó en evidencia que:

1) El cadáver de Allende FUE ACOMODADO EN EL SOFA DESPUÉS DE MUERTO UNA HORA ANTES.

2) Entre las dos y ocho minutos de la tarde, momento en que Salvador Allende fue asesinado por una patrulla de penetración de la Escuela de Infantería, al mando de un capitán, y las cuatro y veinte minutos de esa misma tarde (hora en que el personal de la Brigada de Homicidios de la Policía Civil comenzó el examen «del sitio del suceso»), el general Javier Palacios Ruhman, al mando de un equipo del Servicio de Inteligencia, trasladó el cadáver de Allende desde el Salón Rojo al Salón de la Independencia, le cambió parte de la ropa, le puso una chaqueta, le voló la cabeza de dos balazos de fusil ametrallador, obligó al médico Patricio Guijón Klein a servir de «testigo presencial» del supuesto suicidio presidencial, y, por órdenes del general Ernesto Baeza Michelsen, contravino las del comandante en jefe de la insurrección militar contra los civiles chilenos, general Augusto Pinochet, que exigía que «el suicidio» fuera certificado por los médicos militares —para mayor seguridad, por supuesto— y no por los médicos civiles.

3) Toda esta trama se hizo con tal apresuramiento, que se cometieron errores elementales, tan elementales como el de la posición del cadáver de Allende; las contradicciones entre Guijón y el general Palacios en sus declaraciones posteriores (como veremos más adelante); la falsedad circunstancial del comunicado oficial de los generales insurrectos sobre la muerte de Allende; y lo más grave, una diferencia de DOS HORAS entre la muerte real del presidente Allende, y la muerte que señala el informe de la Brigada de Homicidios.

Este último e increíble error está contenido en las líneas finales del informe policial, según versión publicada en el diario «El Mercurio», de Santiago de Chile, del día 21 de septiembre. Dice así:

«Data de muerte, a las 18.10 horas, hora en que finalizó el examen, fue estimada en seis horas.»

Ahora, es cuestión de hacer la resta. ¿Cuánto es 18.10 menos seis? es 12.10. Es decir, que según el nervioso informe pericial hecho por el inspector Pedro Espinoza Valdés, de la Brigada de Homicidios, al cadáver de Salvador Allende, éste se habría suicidado pocos minutos después del mediodía. ¡A la hora en que los dos aviones de combate Hawker Hunter, de la Fuerza Aérea chilena finalizaban de descargar sobre La Moneda 18 cohetes de guerra! ¡Es decir, dos horas antes de la muerte real de Allende!

Este increíble error de los expertos de la policía chilena, revela hasta qué punto ese examen del «sitio del suceso» fue hecho bajo presión anímica.

Por supuesto, no se puede culpar a los policías al mando del inspector Espinoza por estos errores. Hay que tener en consideración que cuando ellos llegaron a La Moneda, en la tarde del día 11 de septiembre, se combatía en toda la capital, y no estaba claro qué bando podía ganar la batalla. Entonces, aun cuando los policías debieron darse cuenta de que el montaje de la escena del «suicidio» de Salvador Allende era sumamente defectuoso, no pusieron reparos y, actuando «profesionalmente», se limitaron a reflejar por escrito, en el informe pericial, la escena tal como la encontraron. Total, no era la policía civil la que había montado la escena. Más que eso: en aquellos momentos, ellos no tenían la menor idea por qué se había montado una escena para hacer aparecer a Salvador Allende como suicidado. En una palabra, los expertos policiales, al actuar como actuaron y escribir de esa forma el informe pericial, se dejaron una «puerta de salida» para su actuación en la trama, en el caso de que más adelante los militares insurrectos hubieran sido derrotados por los civiles que combatían para defender el orden constitucional y democrático.

Pero no sólo el informe oficial de la Brigada de Homicidios revela más allá de toda duda que los testigos principales del supuesto suicidio de Allende estaban mintiendo. Comencemos por el más importante, el general de brigada Javier Palacios Ruhman, jefe de las fuerzas de asalto blindadas y de infantería al Palacio de La Moneda.

El día 21 de septiembre, en la ciudad de Bogotá, Colombia, el general Palacios fue entrevistado por el periodista Arturo Abella, en el programa informativo de televisión «Siete en Punto». He aquí transcripción textual de sus declaraciones:

«Cuando rodeamos el Palacio de La Moneda, en forma de tenazas, la aviación había destruido gran parte de la casa. Nosotros entramos sin máscara de gases y nos recibieron a balazos los miembros de la guardia personal de Allende y gritaban «El marxismo no se rinde». No veíamos casi nada por el humo, pero dominamos la resistencia. Cuando subí al segundo piso, en busca del Presidente, las oficinas donde despachaba estaban solas y en desorden... Seguí mi camino por los sitios que no estaban destruidos. Llegué a la antesala del gran comedor de Palacio. Abrí la puerta, allí estaba Allende sentado en un sofá.

»¿Usted lo identificó a primera vista? —preguntó el periodista.

»No. No me pareció que era Allende. Al lado suyo, o en un rincón, había un médico de apellido Yojón o Guijón. Temblaba y casi no podía hablar. Me dijo: “Es el Presidente, es el Presidente”. Me acerqué al cadáver. El Presidente estaba sentado en la mitad del sofá tapizado de rojo, con la metralleta en las manos. El casco y la máscara de gases a un lado, los anteojos en el suelo. La cabeza estaba hinchada y la cabeza partida en dos, como una sandía. Las manos estaban negras de pólvora. No había casi sangre. Ordené a mis hombres que no tocaran nada, mientras llegaban los peritos a examinar el cadáver. Llegaron los peritos de las tres armas chilenas. Comprobaron el suicidio. Se tomaron fotografías que están en poder del Gobierno y que serán presentadas, si se desea verlas.

»¿Se dice que tenía heridas en varias partes del cuerpo?

»Ni una sola. Ni una sola. El peritaje lo puede demostrar. Había también en la habitación una botella de whisky. Pedí a los legistas que establecieran si el Presidente había bebido algo, la prueba fue negativa. Allende no bebió absolutamente nada.»

Es importante no perder de vista el hecho de que estas declaraciones fueron hechas el día 21 de septiembre, en la ciudad de Bogotá, por el general Javier Palacios, quien estaba en Colombia como jefe de la delegación deportiva militar chilena al Quinto Festival Sudamericano de Cadetes. Es decir, Palacios no tenía idea del «perfeccionamiento» en Chile, de la historia del «suicidio» de Allende centralizada ahora en las manos del general Ernesto Baeza Michelsen.

Del relato de Palacios se desprende que las tropas a su mando entraron a la Moneda a sangre y fuego, luchando contra defensores del recinto QUE NO TENÍAN INTENCIÓN ALGUNA DE RENDIRSE... Bueno, si esto era así... ¿por qué se había suicidado Allende? Era un detalle muy importante que, en Santiago, el general Baeza Michelsen ya había resuelto, adecuando coherentemente los testimonios del testigo civil —doctor Guijón— y la versión oficial «corregida» de la caída de La Moneda. Esto no fue una tarea fácil para el general Baeza, porque otros generales, encabezados por el propio Augusto Pinochet, habían dejado por escrito, en declaraciones apresuradas, una serie de errores y falsedades que, compiladas ordenadamente por un investigador serio e imparcial, podrían destruir todas las versiones militares sobre el supuesto suicidio de Allende.

Como ha quedado establecido fehacientemente, los defensores de la administración constitucional chilena en el Palacio de la Moneda, no expresaron nunca su deseo de rendirse, pero, al mismo tiempo, durante toda la mañana, los mandos militares insurrectos anunciaron reiteradamente la «rendición» de Allende a través de las radioemisoras en su poder, e incluso por medio de una comunicación oficial, poco después de la una de la tarde del día 11.

Los hechos, cronológicamente, ocurrieron así:

9.20 horas del martes 11 de septiembre. Salen de La Moneda los tres edecanes militares del presidente Allende, a los cuales éste les había dicho que «los generales traidores a Chile anunciarán que atacarán este Palacio presidencial en cinco minutos más... Ustedes quedan en libertad de acción conforme les dicte su conciencia. Yo me quedaré en La Moneda y resistiré hasta el último cartucho.» Los médicos: Enrique Paris, comunista; Eduardo Paredes, socialista, varios periodistas de la Unidad Popular y parte de los ministros que acompañaban a Allende en esos momentos, fueron testigos de esta conversación. Cuando los edecanes presidenciales dejaron el Palacio y entraron al Ministerio de Defensa (a una cuadra de distancia), la Radio Sociedad Nacional de Agricultura anunció por primera vez la rendición de Allende.

11 horas. Cuando el anunciado bombardeo de la Fuerza Aérea para esa hora no se produjo, las radios en manos de los insurrectos también propalaron la rendición de Allende. Pero la verdad era otra. Allende había pedido a los generales que suspendieran por diez minutos el bombardeo, para que «las mujeres y quienes lo deseen abandonen este lugar antes de la batalla final». Allende, a esa hora, reunió a todos los ocupantes de Palacio, civiles y militares, en el Patio de Invierno del recinto. Allí, habiéndoles a los integrantes de la guardia de Carabineros de Palacio —cincuenta hombres— y al general de Carabineros José María Sepúlveda Galindo, director general del Cuerpo policial militarizado, depuesto esa mañana por la insurrección del general César Mendoza Durán, integrante de la Junta Militar, les dijo que podían abandonar La Moneda quienes quisieran. Les agregó que lo único que «les pido, es que no se resistan a entregar sus armas cuando abandonen Palacio. Esas armas las necesitamos quienes vamos a hacer frente a la sublevación militar». Todos los jefes y tropas de Carabineros abandonaron La Moneda, a medida que eran desarmados por los civiles, los cuales

tuvieron que mantenerlos encañonados para evitar cualquier traición. La traición de Sepúlveda Galindo al presidente Allende, esa mañana, fue premiada por los integrantes de la Junta Militar, más tarde.

11.10 horas. Salen de La Moneda las primeras mujeres —entre ellas las periodistas Frida Modak y Verónica Ahumada. El Presidente había estado tratando, desde las nueve y media de la mañana, cuando las tropas insurrectas que rodeaban La Moneda hicieron los primeros disparos en contra de Palacio, que las mujeres y «los varones que no tengan armas» se fueran del recinto. A las nueve y veinticinco de la mañana, Allende, en el Salón Toesca, reunió a todas las personas que había en el recinto para avisarles que el «general traidor Baeza Michelsen me ha anunciado que comenzará a atacar La Moneda en dos minutos más». Por esa razón, Allende dijo un breve discurso, cuya reconstrucción aproximada es la siguiente: «Del mismo modo que ninguna revolución puede triunfar si sus dirigentes no saben asumir sus responsabilidades en todo momento y hasta sus últimas consecuencias, también es cierto que las muertes inútiles no contribuyen en absoluto a la causa de la revolución. Por ello ruego encarecidamente a los varones para que me ayuden a convencer a las damas para que abandonen el Palacio, ya que los que en él nos quedaremos vamos a resistir hasta el final.»

Minutos antes de las once de la mañana, en un gesto típico de la personalidad de Allende, éste se había comunicado por teléfono con el general Baeza Michelsen para pedirle un «alto el fuego de diez o quince minutos» para permitir la evacuación de las mujeres. Beatriz Allende, hija del Presidente, estaba presente en esa conversación telefónica y recuerda que Allende le dijo: «General Baeza, usted que ha traicionado a la Patria, espero que por lo menos no sea traidor a lo que un hombre debe a la mujer. Respételas al menos por eso.»

A esa hora, el nerviosismo en el cuartel general de los mandos sublevados era muy grande. La petición de tregua de Allende al general Baeza había sido entendida por el general Augusto Pinochet como petición de rendición. Y cuando las primeras mujeres salían de la Moneda, el general Pinochet desde su puesto de comando en Peñalolén, llamaba desesperadamente al puesto de coordinación, en el Ministerio de Defensa, que estaba encabezado por el vicealmirante Patricio Carvajal. La conversación, grabada por un radioaficionado de izquierdas, fue la siguiente:

—Deme con el vicealmirante Carvajal... Augusto llama a Patricio...

—Momento, por favor... Un momento, mi general... Aquí está puesto cinco...

—Patricio... Mientras luego se vaya el Presidente con todos los gallos que quiera... Con todos los gallos que quiera...

—No todos... Los GAP no... No todos... En estos momentos dijeron que se rinden cinco mujeres...

—De La Moneda al avión... De La Moneda al avión, viejo... No lo paseen más... Fondeadito al tiro... Para que no haya problemas... Ningún GAP con él... A los GAP hay que juzgarlos a todos... Que lo lleven escoltadito porque lo pueden quitar...

Hay que recordar que a esa hora se combatía en los sectores industriales de Los Cerrillos, Vicuña Mackenna y en todo el radio central de la capital, entre Plaza Italia por el este, Universidad Técnica del Estado por el oeste, el río Mapocho por el norte y Avenida Matta por el sur (un semirrectángulo de 30 por 20 cuadras, más o menos). Por otro lado, el general Augusto Pinochet, a quien no se le había hecho partícipe del plan «alfa uno» para asesinar a Allende por medio de un suicidio simulado, estaba convencido de que el objetivo final del ataque a La Moneda era poner a Allende en un avión en la base aérea militar de Los Cerrillos y mandarlo fuera de Chile. Sin embargo, el vicealmirante Patricio Carvajal sí lo sabía.<sup>7</sup>

Cuando, minutos después de las 11.15, el general Augusto Pinochet se enteró que no había tal rendición, que las «cinco mujeres» no se habían rendido, como lo dijera erradamente el vicealmirante Carvajal, y que esas mujeres y algunos civiles varones habían evacuado simplemente La Moneda, y que el combate proseguía, ordenó una nueva tregua y pidió hablar con el presidente Allende. De esa conversación, sólo han quedado los textos reconstruidos de las respuestas de Allende:

—Yo no hago tratos con traidores. Y usted, general Pinochet, es un traidor.

En esos momentos, el general Pinochet pidió ayuda al vicealmirante José Toribio Merino, jefe de la insurrección en la Marina, y uno de los cuatro integrantes de la autoproclamada Junta de Gobierno. Merino, al parecer, exigió por teléfono a Allende que se rindiera, a lo cual respondió Allende:

—Rendirse es para los cobardes y yo no soy cobarde. Los verdaderos cobardes son ustedes que conspiran como los maleantes a la sombra de la noche.

A pesar de la insistencia de los generales Pinochet y Baeza y del vicealmirante Merino, Allende se negó a rendirse y, también, se negó a entrar en tratos con ellos «porque yo soy superior y no puedo tratar con mis subordinados en rebeldía». Esto llevó a Allende a pensar que sería útil una negociación «a segundo nivel», y encargó a Fernando Flores, ex ministro de Hacienda, a Daniel Vergara, subsecretario de Interior, y a Osvaldo Puccio, su secretario privado, que fueran en «embajada» al Ministerio de Defensa, para discutir con los generales los términos de «un arreglo político» de la situación.

A las 11.30 horas, estos tres funcionarios del gobierno Allende dejaron La Moneda y fueron llevados, con escolta militar, al Ministerio de Defensa. Allí, los tres pidieron ver a los generales Pinochet, Leigh y Mendoza y al vicealmirante Merino, para «parlamentar».

Merino y Leigh se opusieron a ello. Pinochet y Mendoza querían entrar en tratos con los enviados de Allende. Seguramente para forzar los acontecimientos, impedir el parlamento y seguir adelante con el plan «alfa uno» de obligar a Allende a rendirse en combate y ser asilado con menos probabilidades de testigos molestos, para enseguida suicidarlo, el general Gustavo Leigh dio la «luz verde» para el bombardeo a la Moneda. Veinte minutos después de haber entrado en el Ministerio de Defensa, y sin siquiera haber conversado ni con los mandos militares responsables de ese recinto, es decir, mientras todavía hacían antesala, los tres enviados de Allende a «parlamentar» fueron aterrados testigos del bombardeo a La Moneda por dos aviones de combate Hawker Hunter.

El bombardeo comenzó a las 11.56 de la mañana. El ataque aéreo se hizo desde el norte al sur, desde el río Mapocho hacia la alameda Bernardo O'Higgins. Para las decenas de miles de santiaguinos que viven en las inmediaciones de la Plaza de la Constitución, donde estaba el palacio de los presidentes de Chile, las 11.56 horas del día 11 de septiembre marca el comienzo de una pesadilla: ninguno creyó que podía ocurrir lo que estaban viendo en esos instantes: el palacio de gobierno bombardeado por aviones chilenos. Era el símbolo de la destrucción total, física, de un bando político por otro bando político... ¡en Chile, el país de los 150 años de lucha política democrática!

¿Qué sintieron los pilotos militares que manejaban los dos aviones atacantes, en ese mismo momento? La respuesta se conoció el sábado 24 de noviembre de 1973, setenta y cuatro días

después del bombardeo, cuando el diario «El Mercurio» publicó una entrevista a los dos pilotos que habían dejado caer la muerte y la destrucción sobre la ex casa de los presidentes constitucionales de su país.

«El Mercurio» pregunta a uno de los pilotos:

«¿Qué sintió cuando supo que debía bombardear La Moneda?»

»Mucha preocupación. Fue sobrecogedor. Después de todo tenía que atacar a mi propio país, pero no hubo momentos de vacilación ni temor. Nosotros estamos preparados para cumplir cualquier orden. ¿La precisión? Se debe al entrenamiento constante que se hace sobre blancos de un tamaño menor que el Palacio de Gobierno, tambores de doscientos litros o elementos del porte de un tanque. En este caso, los rockets tienen un mayor grado de precisión que las bombas y fueron lanzados desde el río Mapocho, a unos ochocientos metros más o menos del blanco, a una altura de 500 metros y a una velocidad de 250 metros por segundo.

»¿Por qué se usaron sólo dos pilotos y dos aviones?

»Porque con eso era suficiente.

»¿Cómo se sintió anímicamente después del ataque aéreo?

»Bien. Satisfecho por la misión cumplida. Impresionado por lo que habíamos hecho. Pero en ningún caso arrepentidos ni mucho menos. Todos estábamos contentos.»

El relato del diario «El Mercurio» dice que, llamados por sus nombres claves, dos pilotos de la FACH fueron elegidos para el bombardeo. «La orden de la comandancia era inequívoca. Blanco: La Moneda», es decir, el Palacio de Gobierno. Agrega el periódico que «desde las ocho de la mañana los Hawker Hunter habían empezado a llegar al aeropuerto de Los Cerrillos (junto al cual está una base militar de la FACH), desde sus diversas bases en el país». En seguida, el periódico consulta detalles técnicos a los pilotos que demolieron el Palacio de su Gobierno constitucional:

«¿Qué es un rocket y cuántos lleva cada avión?»

»El día 11 de septiembre llevaba cada avión 18 rockets. El rocket es un proyectil autopropulsado, que va colocado en el ala del avión. El piloto puede seleccionar si lanzar los 18 cohetes juntos o si lo hace de a dos, de a cuatro, etc. Hay rockets penetrantes y explosivos. Para el ataque a La Moneda se usaron los dos tipos.

»¿Se podría decir que ésta fue una misión improvisada?

»Sí, si se considera que no se había efectuado en el terreno. Pero esto no se puede improvisar de un día para otro. Las unidades de combate están preparadas.

»¿Qué otra misión se realiza durante el ataque aéreo?

»Al disparar el rocket el avión filma, para que el piloto vea después el resultado de su misión.»

Nueve picadas hicieron los dos aviones de guerra entre las 11,56 y las 12,15 horas. Impactaron 18 rockets en el viejo edificio, construido hace doscientos años por un arquitecto italiano de apellido Toesca. Al terminar su trabajo de «ablandamiento final», como lo habían bautizado los jefes de «alfa uno», había una gran destrucción en el piso superior de la parte norte y en toda el ala oeste. Se declaró un enorme incendio en la parte noroeste. El humo y las llamas se veían desde varios kilómetros de distancia.

Entre las 12,15 y 12,20 horas, el general Javier Palacios esperó la señal de rendición. Inútilmente. Ordenó un ataque de demolición con los cañones de los tanques Sherman, por las calles Morandé y Moneda. Al mismo tiempo, desplegó las tropas de infantería de la Escuela de Infantería y del Regimiento Tacna, en tenazas detrás de los tanques, por la calle Teatinos. Un intenso fuego de fusiles ametralladores y los disparos de bazooka desde el interior de la Moneda les demostraron a los atacantes que no había ninguna intención de abandonar la lucha. El avance de los tanques del Regimiento Blindados Número 2 fue detenido por el general Palacios ante la imposibilidad de poder avanzar con la infantería bajo el intenso fuego proveniente de parte de los defensores. El general Palacios, a las 13 horas, preguntó al general Pinochet qué hacer, ya que era imposible avanzar con sus tropas y tomar La Moneda sin otro ataque aéreo. El general Pinochet ordenó el cese del fuego por un momento.

13,05 horas. El general Pinochet conversa con el vicealmirante Patricio Carvajal, en el puesto del Ministerio de Defensa y le dice que envíe a La Moneda a Osvaldo Puccio, secretario privado del presidente Allende, con una hoja en que estén escritas las condiciones de rendición incondicional. Pinochet pide a Carvajal que explique, en esa nota de petición de rendición, que «el Presidente tendrá su salvoconducto para irse del país con su familia y las personas que él quiera». Carvajal no escribe eso en la nota y ordena que Puccio salga hacia La Moneda con los términos de una rendición «incondicional» y con instrucciones de que «el Presidente debe entregarse al oficial al mando de las tro-

pas blindadas». (Hay que recordar que el plan «alfa uno», en su fase final, que conocía Carvajal pero no el general Pinochet, consistía en el traslado rápido de Allende al Regimiento Blindados Número 2, para poner en práctica el «suicidio» presidencial.» Al mismo tiempo, el vicealmirante Patricio Carvajal ordena que los otros dos «parlamentarios» enviados por Allende a las 11,30 horas, es decir, Fernando Flores y Daniel Vergara, sean tomados prisioneros y enviados a la Escuela Militar Bernardo O'Higgins, en el barrio alto (oriental) de la capital.

Osvaldo Puccio, a bordo de un jeep militar es llevado hacia La Moneda. Pero el intenso fuego desde La Moneda y desde el Ministerio de Obras Públicas (al frente de Palacio, por su lado oriental), detiene el paso del jeep.

13,10-horas. El general Javier Palacios ordena que de nuevo avancen los tanques Sherman, disparando sus cañones, y comunica a su infantería la orden de «ataque final» a La Moneda. Una cortina de balas de ametralladoras cubre los muros del palacio junto con las explosiones de los cañones de los tanques, permitiendo el avance de los infantes que, por fin, logran ponerse junto a los muros, a salvo de la respuesta de los defensores.

13,15 horas. Por los efectos de la cortina de fuego de ametralladoras y cañonazos sobre el blanco, cae muerto el periodista Augusto Olivares Becerra, defensor de Palacio, director de la Televisión Nacional y amigo personal de Allende.

Genaro Carnero Checa, presidente de la Asociación de Periodistas Peruanos, publicó en el diario «El Expreso», de Lima, el 11 de diciembre de 1973, una reconstrucción por medio de testigos directos salvados de la hecatombe, del último día de Augusto Olivares. Un extracto de su crónica es el siguiente:

«La última visión que tengo de Augusto Olivares es en el despacho presidencial de La Moneda, antes de que Allende me ordenara abandonarlo (me cuenta en La Habana Joan Garcés, uno de los más cercanos colaboradores del Presidente héroe). Estaba con una metralleta en las manos y le decía al Presidente: «Vamos a convertir La Moneda en un Alcázar de Toledo... pero al revés, antifascista».

»Otras personas, ya en Lima, me han descrito las últimas horas del combate de Augusto Olivares, así como el via crucis de Mireya para rescatar su cuerpo y conservar la huella profunda de sus pasos. Son fuentes insospechables, testigos excepcionales, que me han pedido silenciar sus nombres por razones obvias.

»Olivares se despidió telefónicamente de su mujer a las 6,45 del 11 de septiembre. «Las cosas marchan muy mal —le dijo—. En unos instantes más nos dirigimos a La Moneda. Un beso y mucha suerte.»

»Eran cerca de las dos de la tarde y Mireya no conocía sino rumores sobre la suerte de su esposo. Mientras tanto, el presidente Allende, metralleta en mano, combatía en Palacio, bombardeado por sus cuatro costados. Una gigantesca humareda podía verse desde los más apartados barrios de la capital. «Estoy segura de que Augusto está ahí —dijo Mireya a uno de nuestros testigos—. Le conozco lo suficiente. No abandonará a Salvador por nada, y si éste muere, morirá con él.»

»Los teléfonos de Palacio ya no funcionaban y Mireya esperó en vano una nueva llamada. Quien informó a Mireya de la muerte de Olivares fue el autor de este relato. Me lo dijeron periodistas amigos. Augusto había caído en la galería de los presidentes, segundo piso de La Moneda, en pleno fragor de la batalla, arma al brazo, y Allende había tenido la presencia de ánimo suficiente y dignidad revolucionaria para pedir un minuto de silencio por la muerte de su amigo.

»No podíamos, sin embargo, confirmar la noticia ni localizar el cadáver. Vino la noche en esa búsqueda terrible. Negaban su existencia en la Posta Central de la Asistencia Pública, en el Hospital Militar y en el Instituto Médico Legal. El subido número de cadáveres, nunca se había visto tantos, impedía cualquier identificación.

»Sólo en la madrugada, una llamada telefónica nos sacudió hasta las raíces confirmando la noticia. Era de un coronel del Ejército que notificó a Mireya la muerte de Augusto Olivares. Le indicó que aunque había toque de queda al día siguiente, tendría oportunidad de sepultar a su esposo. Dispondría para ello de no más de dos horas y tenía instrucciones de asegurar que el sepelio fuese en privado, lo que era casi una burla en medio del riguroso toque de queda. Se advirtió, además, que enviaría un vehículo militar, antes de las once de la mañana de ese día, miércoles 12, para «permitir la operación».

»El vehículo prometido no llegó. Pasado el mediodía, resolvimos recurrir a la buena voluntad de un compañero chófer del Canal 7 de Televisión, del que era director Olivares. Arriesgando su vida llegó hasta la casa. Carecía del pase indispensable para transitar por las calles, y en el trayecto hasta la Asistencia Pública, donde se encontraban los restos de Augusto, de-

tuvieron al vehículo muchas veces. El conocido rostro de Mireya, artista y animadora de televisión muy popular, permitió franquear las patrullas y las calles de Santiago completamente desiertas y envueltas en un silencio ominoso rubricado por disparos de francotiradores y el tableteo de las ametralladoras fascistas.

»Una vez en la Asistencia Pública, Mireya se entrevistó con el director y otros médicos, nerviosos, traumatizados, ante el increíble número de víctimas de la masacre. «Ya perdimos la cuenta de los cadáveres.» Había pánico en las funerarias y costó muchísimos esfuerzos conseguir que una de ellas (la Santa Lucía) accediera a vender un ataúd ¡en 78.000 escudos! Lo que resultó imposible fue encontrar un carro fúnebre. Al fin convencimos a un camillero de la Posta Central para que nos permitiese utilizar una ambulancia para trasladar el cuerpo de Augusto hasta el Instituto Médico Legal. Él fue quien rescató el cadáver de Olivares en La Moneda, llevándolo hasta la Asistencia Pública. Mireya ingresó sola y altiva a buscar los restos de su esposo al depósito de cadáveres. El féretro, dentro de la ambulancia, se condujo al Instituto Médico Legal. Ahí permanecemos hasta el día siguiente, porque los trabajadores del cementerio y del servicio de incineración estaban fuera de sus puestos. Augusto fue incinerado.»

Hasta aquí el relato de testigos, reconstruido por el periodista peruano Carnero Checa, de un trozo de esas dramáticas horas vividas por todo un pueblo.

Poco después de caer Augusto Olivares, ya a las 13.40 horas los soldados de la Escuela de Infantería logran penetrar en el primer piso del Palacio, por la puerta principal de la calle Moneda. Comienza allí una pequeña batalla infernal por mantener esa «cabeza de puente» en el primer piso del Palacio de Gobierno.

A las 13.52 funcionan por última vez los teléfonos, y el director de la agencia de noticias cubana Prensa Latina, Julio Timossi, desde sus oficinas en la capital, logra comunicarse con Jaime Barrios, director del Banco Central y asesor económico del presidente Allende, que estaba combatiendo junto a los demás la embestida de las tropas asaltantes. Barrios dice a Timossi: «Llegaremos hasta las últimas consecuencias. Aquí cerca, Allende está disparando con su metralleta. Esto es un infierno; el humo nos ahoga. Augusto Olivares murió. El Presidente envió hace un par de horas a Flores, Vergara y Puccio

para que parlamenten. Parece que el Presidente quiere garantías por escrito para las conquistas sociales de los trabajadores. No creo que renuncie».

Julio Timossi tenía material para un *lead* de su agencia noticiosa, pero no pudo conseguir detalles porque la comunicación telefónica se cortó, y desde ese minuto los teléfonos no funcionaron más en La Moneda.

Ocho minutos después de esta última conversación telefónica desde la sede gubernamental, a las 14 horas, los soldados de la Escuela de Infantería ya estaban ocupando la escalera principal de acceso hacia las oficinas de la Presidencia.

Seis o siete minutos más tarde, la patrulla de penetración de la Escuela de Infantería, encabezada por el capitán Roberto Garrido, rompe la resistencia civil en la escalera principal, irrumpen en el Salón Rojo de La Moneda, en el segundo piso. Allí se enfrenta con un grupo de cinco personas, dispara sobre ellas, se dan cuenta que han matado al presidente Allende, y en seguida son rechazados por un refuerzo civil que entra por un costado del Salón Rojo. Los soldados atacantes pierden el control de la escalera principal del edificio, pero mantienen sólidamente la ocupación todo el primer piso del Palacio de Gobierno.

Los defensores civiles vuelven al Salón Rojo. Entre ellos está el doctor Enrique Paris, psiquiatra, médico personal de Allende, que estaba combatiendo igual que los demás. Se inclina sobre el cadáver de Allende, que muestra los impactos de por lo menos seis balazos, a la altura del abdomen y del bajo vientre. Le toma el pulso. Señala que está muerto. Alguien, no se sabe de dónde, aparece con una bandera chilena. El propio Enrique Paris lo cubre con esa bandera. La batalla, entre el primero y el segundo piso continúa siendo furiosa. Los defensores del grupo del doctor Paris abandonan el Salón Rojo que, semi-destruido, comienza a quemarse por el techo. Separados en pequeños grupos de cuatro o cinco personas, los defensores del Gobierno constitucional siguen combatiendo, la mayoría sin saber que el presidente Allende ya estaba muerto.

Unos cuarenta minutos más tarde, alrededor de las 14.45 horas, los soldados vuelven a irrumpir en el Salón Rojo destruyendo la resistencia civil por la puerta principal de La Moneda, al mismo tiempo que penetran por la puerta lateral del número 80 de la calle Morandé. En ese instante, el general Palacios corre hacia el Salón Rojo, por el lado oriental norte de

la Casa de los Presidentes, retira la bandera ensangrentada que cubre el cadáver de Allende, y se comunica con su comandante en jefe para decirle: «Misión cumplida. Moneda tomada. Presidente muerto».

Sesenta segundos después, más o menos, las radioemisoras, todas en poder de los generales insurrectos, anuncian la caída de La Moneda. Cuarenta minutos más tarde, mientras en el interior del Palacio los miembros del Servicio de Inteligencia preparaban el escenario para el «suicidio» de Allende, tras haber destrozado la cabeza del ex Presidente con un par de balas de su fusil ametrallador, colocando el cadáver en el sofá rojo del Salón de la Independencia, los generales insurrectos difundían por las radioemisoras el siguiente comunicado: «Al ocupar La Moneda se ha afianzado la autoridad impuesta en bien de la Patria por las Fuerzas Armadas y Carabineros de Chile, hace nacer en este mes una nueva esperanza para la Patria y expresamos nuestra petición a la ciudadanía a que manifieste su adhesión a la chilenidad colocando el emblema patrio en el frente de sus casas. Esta liberación y ordenamiento de Chile no es sino una causa de alegría en este mes en que reviven en la fiesta de los hombres y las mujeres que con su sacrificio nos dieron nuestra independencia».

En La Moneda, había diez cadáveres de los civiles. De los 32 sobrevivientes, catorce estaban heridos. El general Palacios ordena que los heridos sean llevados a la Posta Central de la Asistencia Pública, bajo custodia militar. Al oír esta orden, Miriam Rupert, secretaria privada del presidente Allende, finge un desmayo. Es la única mujer en todo el grupo de defensores. Es integrada al grupo de «prisioneros a la Posta Central». En la Posta, donde reinaba una confusión enorme por el elevadísimo número de muertos y heridos, que superaban los mil quinientos a esa hora, Miriam Rupert se las arregla para escurrirse por un pasillo, vestirse con un delantal blanco como «doctora», subir a una ambulancia que sale a recoger heridos y escapar.

En el interior de La Moneda, el doctor Enrique Paris comete un grave error. Se deja llevar por la ira del momento, y desde el suelo, a donde está boca abajo con las piernas abiertas y las manos sobre la nuca como los demás prisioneros, grita: «¡Asesinos... Mataron al Presidente!» Los soldados lo apartan de los demás cautivos y lo llevan a la presencia del general Palacios. Allí lo identifican. Paris, enfurecido, grita que él vio como habían asesinado al Presidente. Palacios ordena que Paris

sea llevado al Ministerio de Defensa. En un jeep lo trasladan al edificio que está a menos de doscientos metros de La Moneda.

Cuatro días más tarde, el 15 de septiembre, el doctor Enrique Paris aparece hecho un guiñapo humano, balbuceante, en el Estadio Nacional, convertido en campo de concentración por los militares insurrectos. Tiene la mirada extraviada. Lo confinan a un sector de las tribunas techadas del Estadio Nacional, con sólo una veintena de otros presos. Se le oye decir repetidamente: «Soy el buey Quiñones... el buey...» y sus compañeros le escuchan sollozar. A media tarde de ese mismo día, el doctor Paris, o lo que quedaba de él, salta sobre las balastradas de la tribuna presidencial. Se luxa una pierna. Los soldados corren hacia él y le dan de culatazos en la cabeza. Docenas de culatazos. Sus compañeros ven esparcirse los sesos del cadáver de Enrique Paris sobre el suelo del Estadio Nacional.

Pero volvamos al 11 de septiembre, a las cuatro de la tarde, en el Palacio de La Moneda, o por lo menos a las ruinas del Palacio de La Moneda. A esa hora, ya estaba todo preparado para presentar al mundo el «suicidio» de Salvador Allende. La jefatura del espectáculo la había tomado el general Ernesto Baeza Michelsen, en comunicación directa con el general Javier Palacios y con los integrantes del Servicio de Inteligencia del Ejército. A las 16 horas del martes 11 de septiembre, Baeza estimó que el general Palacios ya no tenía nada que hacer en el espectáculo y lo relevó para que siguiera ocupando sólo de sus «deberes netamente militares». Es decir, de finalizar la ocupación de La Moneda, traslado de heridos, de prisioneros y recuento de bajas militares. Según testimonio no oficial, hubo ocho muertos y 43 heridos entre los militares, más un tanque Sherman dañado, pero no inutilizado. El parte oficial, sin embargo, dice «dos muertos y 17 heridos». No da cuenta de material dañado.

Pero no es eso lo importante para nuestro reportaje. Lo importante es que el general Baeza, al relevar de su papel en el «espectáculo suicidio» de Allende al general Palacios, cometió un error. Y lo cometió porque Palacios, después de las cuatro de la tarde, ya no conversó más con el general Baeza ni con nadie involucrado en la operación de montar la escena, las declaraciones de testigos y de «informes periciales», para tener un relato coherente del «suicidio». El general Palacios Ruhman, ese

día 11 de septiembre se retiró al cuartel general, trasladado a la Escuela Militar Bernardo O'Higgins, y en los días siguientes se dedicó a asumir su parte en la «limpieza del centro de Santiago», para después preparar la participación de los cadetes en el Quinto Festival Sudamericano de Cadetes en Colombia, Bogotá, que debía empezar el viernes 21 de septiembre.

En suma, Palacios se quedó sólo con el «esquema general» de la historia oficial del suicidio simulado de Allende, y no con todos los «detalles perfeccionados» de las horas y días siguientes.

Por eso, al hacer declaraciones muy completas del hecho en Bogotá, las cuales reproducimos en las páginas anteriores de este reportaje, entró en contradicciones serias con la «versión oficial» a cargo del general Ernesto Baeza Michelsen.

### *Algunas comparaciones*

Si ustedes vuelven a leer las declaraciones del general Palacios en Bogotá el sábado 21 de diciembre, se encuentran con las siguientes cosas:

1) Afirma que NO HUBO RENDICION en La Moneda. Que sus tropas la ocuparon «dominando la resistencia» de combatientes que gritaban «el marxismo no se rinde».

2) El general Palacios encontró al doctor Guijón en el interior de Palacio presa de un ataque de nervios porque «temblaba y casi no podía hablar». Es decir, tal como ocurrió, y sirvió para que lo eligieran como «testigo» bajo amenaza de acusarlo de «asesinato del Presidente».

3) El general Palacios dice que el «suicida» estaba «con la metrallera en las manos».

4) Agrega Palacios que «ordené a mis hombres que no tocan nada». Llegaron los peritos de las tres armas chilenas. Comprobaron el suicidio. Se tomaron fotografías.»

5) Y termina el testimonio del general Palacios así: «Había también en la habitación una botella de whisky. Pedí a los legistas que establecieran si el Presidente había bebido algo, la prueba fue negativa. Allende no bebió absolutamente nada».

Estas son, en síntesis, las cinco afirmaciones principales del general Javier Palacios Ruhman, testigo presencial, según informe oficial del sitio del suceso del «suicidio» de Salvador Allende. Estas cinco afirmaciones fueron hechas el sábado 22